

My favorite things

Carlos Be

My favorite things de [Carlos Be](#) se encuentra bajo una Licencia [Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 3.0 Unported](#).

My favorite things

Carlos Be

Ocho.

Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete y ocho.

Ocho.

El nueve, el noveno, ya no existe. Lo recojo del suelo, a la basura. Si fuera al hospital... Estoy a tiempo, si fuera, quizás allí... No. El nueve ya no existe.

Ocho. Ocho.

Consumo. Me consumo. A veces creo estar condenada a buscar la belleza en los supermercados. Y no encontrarla. Las nueces. A él le gustan mucho las nueces. Cojo unos cuantos paquetes, no sé, tres o cuatro, no, lo pienso mejor, los devuelvo a la estantería y le pido a la chica que repone de rodillas si hay algún paquete de nueces más grande que los que tienen y me dice que no, vuelvo a la estantería de las nueces y cojo, no sé, tres o cuatro. De repente, en la estantería de arriba, veo un deseo que no he visto nunca. ¿Qué he dicho, un, una, un qué...? No sé lo que es, es la primera vez que lo, que la... Que veo eso. Qué género más extraño. ¿De dónde habrá salido? Nunca he visto nada similar en el supermercado. ¿Será nuevo? No tiene pinta de ser muy nuevo... O nueva. No lo toco, por si acaso. Me da miedo... No sabría qué hacer en casa con eso. ¿Se cocina? ¿De decoración en la salita? ¿En el zapatero? No lo sé. Mejor si lo dejo tranquilo en la estantería. Hay cosas que ignoro. Cojo otro paquete de nueces, no sé, uno o dos más, tres, cuatro, los que hagan falta con tal de olvidar esa cosa, a él le encantan los frutos secos, las nueces, los que más. Me veo de reojo en un espejo y paso rápido con el carrito, necesito crema para las patas de gallo, que no me olvide, nunca apunto mis cosas, siempre con los bolsillos llenos de listas y mis cosas nunca las... ¿Qué es eso? Perfilador y sombra de ojos. ¿Qué pone? Galactik. «Muy buena marca» me dice la cajera y que necesitaría una base fijadora de sombras, que si no sé dónde están. «Base fijadora de sombras ya tengo, gracias, niña.»

Nada se detiene. Los coches. Los semáforos. Un asa se rompe y la compra por los suelos. Una manzana rueda y en su piel girante bailan todas las mujeres desde Eva agarradas a los brazos de todos los hombres desde Adán y la manzana choca contra la pata de un banco y la vieja allí sentada me mira fijamente a los ojos. Me agacho y en la manzana, en su piel picada, tú y yo bailando agarrados, nuestros vientres pegados, heridos, abierta la piel. La manzana a la bolsa, un hombre detrás me pregunta si necesito ayuda, le digo que no, un nudo en el asa rota y para casa. El plástico me corta los dedos.

Aún no has llegado. Si le hubiera dicho que sí a aquel hombre, que necesitaba ayuda... Nunca dejo que nadie me ayude a llevar la compra... Hombres. Siempre ahí, cerca de las cajas, como si los hubieran dejado ahí para que no los olvidemos, no podemos olvidármolos, indispensables, como los chicles, las revistas del corazón, las cuchillas de afeitar, hay que pensar en ellos todo el tiempo y sobre todo, incluso, en el último momento... Antes de pagar. Si me vieras, ay, te enfadarías, otra vez en la cocina pensando en otro hombre. Nunca sé cómo me siguen hasta aquí. Se cuelan, a escondidas, entre la compra, y entran en casa cuando aún no has llegado. Claro, ya me lo decía mi madre, ya se lo diré a mi hija: «No desees tanto. No desees tanto. No desees tanto». No está bien tener muchos deseos.

La fruta en la nevera... La manzana picada se ha puesto negra. Qué rápido. La dejo en el mármol, me da pena tirarla, me la comeré después de cenar pero después de cenar me olvido y al día siguiente también y al cabo de tres días continúa pudriéndose en el mármol de la cocina y continúa dándome pena y un día ya no está y me dices que salían gusanos y yo no me atrevo a preguntarte si no te daba pena. Está bien. De verdad. Sí, sí. Está bien. Siempre consigues que mis deseos sean los tuyos. Como cuando me tomas la mano: nos tomamos las manos. No me lanzas a la cama: nos lanzamos. No me haces el amor... Me follas.

Mierda. ¿Por qué amamos a los hombres?

Siete.

Si pudiera volver a empezar, me gustaría ser actriz... Como Marisa Paredes. Me gustaría ser como Marisa Paredes y prepararme muy bien para el papel de mi vida. Mi gran actuación sería ser... ¡Mujer! Aunque tenga que ser la última mujer del mundo. Ser mujer. Sales de la cama y te limpias las manos con el pañuelo de tela. ¿Hemos acabado? Sí... Siempre me han parecido tan sexis los pañuelos de tela. Y los hombres con pañuelos de tela. No sabes por qué siempre me has parecido tan sexi. Desde el primer día. Por el pañuelo. Por el pañuelo de tela. Un día te lo diré. Te lo diré todo. Un día te diré todo lo que no te dije el primer día. Todo. Lo que sí recuerdo es que te dije lo que dice la Paredes en *Todo sobre mi madre*, sí que hablé ese día, mucho, no todo pero sí mucho, ya te digo: «Siempre he confiado en la bondad de los desconocidos». Me encanta esta frase de Almodóvar, pero la Paredes iba bien equivocada. Lo he pensado esta tarde, se me ha vuelto a romper otra asa y otro hombre, siempre hay hombres por todas partes, otro hombre me ha pedido si me ayudaba y he dicho que no y he pensado en ti, así nos conocimos, se me rompió la bolsa y te acercaste y sin preguntármelo, eso sí, tú no lo preguntaste, recogiste la compra del suelo, «Cuántas cosas» dijiste, y entre tantas cosas te colaste. Se había reventado un yogur y sacaste un pañuelo de tela, un pañuelo de tela para limpiarte los dedos, y desde aquel día nunca he sabido decirte que no a nada, qué gracia, ¿verdad?, te colaste entre las cosas que había comprado, claro, había tantas. No desees tanto. No desees tanto. No desees tanto.

Más posibilidades de equivocarse.

Éramos dos desconocidos y todavía me creía a la Paredes, que iba tan equivocada, que decía que no hay nada más desconocido que un desconocido, tan equivocada... Con los años he dejado de ser una desconocida para ti, pero tú, a pesar de todos estos años, has

seguido siendo un desconocido para mí y te has distanciado tanto de mí que ya no consigo verte tal como eres, ni siquiera tal como eras. Estás tan lejos. Y me siento sola. Ya lo he dicho. Por eso en la cocina pienso en otros hombres. Ya te lo he dicho. Me siento sola.

Seis.

Sólo puedo contar hasta seis.

Seis está bien.

Cuento con los dedos todas las veces que me has hecho daño y me descubro a mí misma contando como contaba mi madre en silencio, cabizbaja, de cara a la ventana, la pesada cortina echada, en penumbra, y la llamo y no la encuentro y el otro teléfono suena en el recibidor y creo que soy ella y mi hija cree que soy yo y no lo cojo y nos cogemos las manos y las cerramos con fuerza y ni siquiera con tantos dedos juntos alcanzamos a contar todas las veces me has hecho daño y me corto otro dedo y cae al suelo amputado.

Una vez menos que me has hecho daño.

Cinco.

En un ama de casa no puede haber poesía. Como mucho, podemos decir «Te quiero». «Te quiero.» Toda mi poesía eres tú. Toda mi poesía eres tú. «Te quiero.»

Y tú me dices «Ven, puerca» y yo río porque me lo tomo como un juego y voy. Donde no manda la ley, manda la naturaleza, y la puerca se echa. Tan equivocada como la Paredes. Te duchas para ir al trabajo y mientras hago la cama. Recojo el pañuelo del suelo. No. No lo recojo. No me agacho. Estiro la pierna y lo friego contra el suelo. Aún está húmedo. Aún hay medios niños muertos. Lo piso. Lo arrastro por el suelo. Dibujo círculos con el pie. Los medios niños muertos hacen espuma sobre las baldosas frías. Espuma muda como gritos que gritan en las crestas de olas disecadas en el desierto. La vida, tan lejos que no vive.

Amor mío, ¿sabes dónde es tan lejos? Tan lejos es tras el desierto que nunca se acaba, tras el desierto vacío, tan vacío que no tiene límites. Soy una conocida perdida en un desconocido y no hay nada que me parezca más lejano que tú. Nada crece en ti. Frío. Nada puede crecer. Y muere. No te pido que me devuelvas la vida, soy un pez arrojado en la arena, una manzana con el corazón desmenuzado sobre el mármol, los gusanos roen mi carne y cuando muera nadie se acordará de mí. Una mujer, un ama de casa... Nunca nadie pondrá mi nombre a una estrella, a un planeta. A veces dejo marcas... Por todas partes... Clavo las uñas en las cortinas de las tiendas con cortinas... Escupo en los asientos del autobús... En el supermercado, un puñado de cabellos arrancados entre las bandejas de carne... Para que la gente lo encuentre y, aunque no sepan quién ha sido, piensen un poco en mí.

Mi hija se acerca y hago como que no la entiendo cuando dice que lo único que me reprocha es la mitad de ella que no me pertenece y yo hago como que no la entiendo y pregunta qué

me pasa en los dedos y yo le digo que nada, lo mismo que me decía mi madre cuando le preguntaba qué le pasaba en los dedos, que nada.

El pañuelo bajo la cama de una patada y amor mío, ¿sabes que no te quiero? Un día te lo diré. No te quiero. Y lo sé desde el primer día. No te quiero. Y después, rápido, es broma. Pero un día te lo diré. ¿Sabes que no te quiero? No te quiero desde el primer día. No te quiero porque no estás en las cosas que me gustan. ¡Es broma, no lo pienso de verdad, es broma!, yo no soy así, es broma, y me agacho para recoger todos los pañuelos de debajo de la cama y aquello parece un cementerio de niños troceados, si no fuera broma nadie me querría nunca, mierda, no quiero querer a solas, ¡mierda!, no quiero... Me corto otro dedo.

Cuatro.

Quiero ser la vieja que se sienta en el banco y ve rodar la manzana hasta la pata del banco y no se agacha ni se mueve. La vieja que espanta a los hombres, la vieja que lleva la desolación escrita a manos llenas en los ojos. La vieja sola en el banco de enfrente del supermercado. La veo desde el interior del supermercado y me da pena pero no le digo nada, sólo lleno el carrito de la compra de deseos y a la salida siempre se rompen las asas, no puede desearse tanto, no puede desearse tanto, más posibilidades de equivocarse. Quiero apartar la mirada del rostro de la vieja que me mira fijamente y ver estanterías infinitas con paquetes de nueces gigantes y sorprenderme al descubrir que regalan el último cedé de Jane Fonda para aprender a bailar el limbo. También quiero la colección entera de minotauros de plástico en miniatura y tus ojos congelados de noche sobre mí. Quiero ser tierna como un huevo y que me mojes hasta desparramarme sobre sábanas blancas. Quiero que intercambiamos nuestros cuerpos y tomarte la mano como tú me la tomas, lanzarte a la cama como tú me lanzas, hacerte el amor como tú me follas. Quiero contemplar tu alma encogida como un moco al fondo de la garganta mientras te corres con la boca abierta. Quiero decir que no hay nada mejor que los hombres y crérmelo. Quiero decir que los hombres me producen flatulencias de felicidad. Pero no puedo, en las amas de casa no hay poesía. Quiero decir «¡Te quiero, te quiero, te quiero!» sin querer decir «¡Déjame, déjame, déjame el coño!» Quiero cemento.

Soy árbol muerto.

Con las ramas maquilladas.

De fiesta.

Muerta.

Es otoño y quiero decir «Hoy no te he comprado ningún regalo». Que llegues y decirte

«Hoy no te he comprado ningún regalo». Hoy es tu cumpleaños y no te he comprado ningún regalo. La mujer que se acurruca en los brazos de su hombre de ciencia-ficción. Me dices que hoy es tu cumpleaños y que quieres un regalo. Ya lo sé. ¿No lo ves, tonto? Me he pintado los ojos con Galactik para recibirte. Quiero que me hagas mujer.

«Entonces, ¿qué me regalas?»

«¿Qué te gustaría?» y sonrío.

«¿Cuántos dedos te quedan?»

«Cuatro.»

«¿Me haces un regalo?»

La sonrisa cae. A plomo. Otoño.

Tres.

Quiero decir «¡Hijo de puta, hijo de puta, hijo de puta!» Mierda. No sé ni insultar a un hombre.

Esta mañana he encontrado en el bolsillo de tu americana... He encontrado un, una cosa de esas... Un, una... No sé qué es... Me siento una ignorante y en vez de preguntarte qué es, me siento una ignorante.

Ya no está en el supermercado. Lo busco pero ya no está en el supermercado. No la... no lo encuentro. En las estanterías cada vez hay menos cosas. Menos cosas que coger. Cada vez puedo coger menos cosas. Con los dedos cortados. Se caen las bolsas. Resbalan las asas. La memoria se acorta, ventajas del olvido. Un dedo en la madera, un dolor menos que contar, pero a la que no olvido y continúa allí sentada es a la vieja del banco. Un hombre me ayuda con las compras pero echa a correr cuando la tomo con la vieja y le grito «¡Si me hubiera ayudado en su momento, si se hubiera agachado antes que él, ahora no sería tan desgraciada!» y la vieja me mira y lo recojo todo y habla y dice «Hija...» y yo le digo «¡No me llame hija que no soy su hija!» y ella dice «¿Ya me has olvidado?» y digo «¡Calle, tendría que haberme ayudado!» y ella saca las manos de los bolsillos y me las muestra y la compra vuelve a caer y todo rueda y baila y yo corro, corro y corro y ya no puedo más y nada se detiene, nada se detiene, nada se detiene y los coches circulan, los semáforos incesantes y mis pies persiguiendo el bordillo de las aceras y corro, corro y corro con el sexo abierto y los bordillos como alambre ardiente y se derraman mis palabras de los labios muertos y pienso si salto volaré, si salto volaré y salto y caigo a la calzada, eso es todo lo que puede volar un ama de casa, de la acera a la calzada, y no puedo más y los niños juegan en el patio de la escuela y me sostengo en la reja con los pocos dedos que me quedan y un niño grita y alguien me arrastra al interior de un bar,

recojo las colillas de los ceniceros, dicen «¡Qué hace!» y me meto las colillas en el sexo abierto seco por tu desierto y no siento nada y no encuentro la sonrisa por las mañanas, ¿dónde está?, ni el azul del cielo ni el sol en el cielo, ¿dónde están?, y tus palabras que me dicen que no grite si tengo miedo, llora pero no grites, llora si tienes miedo, llora pero no grites, llora si tienes miedo, llora pero no grites...

Abro los ojos verdes azules negros marrones rojos rosas y blancos de tanto llorar. La madera me baila ante los ojos. El cuchillo y abajo. Otro dedo cortado. Dos. Con dos dedos es suficiente. Te recibo cuando llegas a casa. En un dedo las llaves, en el otro los calzoncillos.

Con un dedo en cada mano sólo puede pedirse caridad. Nunca tenemos bastante con olvidar.

Te quiero, te quiero, te quiero. Me corto los párpados y los pechos. Estás tan lejos que ya no te reconozco. Ya no sé quién me toma la mano, quién me lanza a la cama, quién me folla. Suben los párpados automáticos cargados de maquillaje y aparecen mis ojos claros oscuros azules verdes negros marrones rojos rosas y blancos secos de tanto llorar que te miran y me dices que una mujer nunca puede mirar así a un hombre.

Y me quito los ojos.

